CRISIS ENDEMICAS

IV

La teoría clásica del ahorro. — La teoría clásica explicaba que el ahorro de aquellos que no eran capaces por si mismos de darle una aplicación productiva y que se depositaba en Bancos, Cajas de Ahorro, se prestaba a comerciantes o se invertía en valores, afluía a quienes, siendo merecedores de crédito, eran capaces de darle la mejor aplicación productiva, lo que no solo les permitía pagar los intereses o dividendos, sino que además les reportaba otros beneficios. Es decir, el ahorro de los ahorradores menos emprendedores era utilizado por los empresarios más aptos para adquirir nuevos medios de producción, que incrementaban la producción de riqueza y el progreso económico. El volumen de ahorro que se producía, a través de los mercados del dinero y de capitales a corto y a largo plazo, influenciaba los tipos de interés, de manera que si se producía un mayor volumen de ahorro se abarataba el alquiler del dinero, lo que hacía rentables empresas que a tipos de interés más altos no habrían podido emprenderse, con lo que no podía existir nunca un exceso de ahorro ya que la reducción del tipo de interés permitía siempre absorber cualquier volumen; la reducción del tipo de interés, además, desanimaba los deseos de ahorrar, lo que también influía en el equilibrio ahorro-inversión. Y en esta doctrina, el ahorro (y, su indicador, el elevado tipo de interés) era el motor principal que impulsaba el progreso económico, porque evitaba que toda la producción se consumiese y porque posibilitaba que parte de ella, cuanta más mejor, se destinase a la mejora y expansión del instrumental productivo, de manera que «el máximo progreso de un país solo podía conseguirse con el máximo ahorro».

Pero en el artículo anterior creemos haber demostrado que esta teoría del ahorro nunca excesivo no resulta cierta, porque hay circunstancias en las que el ahorro puede hacer «huelga de compras» e incluso puede volatilizarse como capacidad adquisitiva, provocando las crisis, en lugar de invertirse en medios de producción. De la teoría del interés ya trataremos. Pero aún en el supuesto de que fuese cierto que todo el ahorro se invirtiese en nuevo instrumental productivo, de ser excesivo, contribuiría a su propia destrucción.

Imaginemos, por ejemplo, un país que en un momento dado aumentase su volumen de ahorro invirtiéndolo en instrumental productivo. Pero si este país tuviese tal espíritu de ahorro que sus habitantes *no se aviniesen, aún pudiendo, a mejorar su nivel de vida* práctico (consumo y bienes de uso), cuando el nuevo instrumental productivo empezase a producir, aumentando la oferta general de bienes, como que la demanda sería casi rígida, porque los mayores ingresos desdoblados por la nueva producción tenderían también a ahorrarse en su mayor parte, *surgiría la crisis como medio «necesario» de cortar la iniciada expansión y equilibrar la producción con la demanda voluntariamente restringida por el ahorro.* Lo que implica que sólo puede aumentar progresivamente el ahorro si, a un ritmo equivalente, crece el consumo, que es gasto, con lo que *gasto y ahorro no son lo* antagónicos *que siempre se había supuesto, sino que económicamente son aliados.*

Parece absurdo nuestro supuesto de que una colectividad pueda negarse a mejorar su nivel de vida, que es la aspiración de todos y cada uno de sus miembros. Pero lo que sucede es que muchos de éstos ahorran y se esfuerzan en invertir este ahorro en «inversiones reproductivas» con el propósito de que, aunque de momento renuncien a la posible mejora de su nivel de vida, puedan hacerlo más adelante, después de acumular unas reservas, ya que creen que la cuantía de sus ahorros se verá aún mejorada por los intereses. dividendos u otros beneficios. El inconveniente reside en que las inversiones reproductivas

deben canalizarse en general hacia la expansión del equipo productivo que, cuando entre en funcionamiento, aumentará el volumen de la producción. *Y si el consumo y la compra de bienes de uso no crece al mismo ritmo que la producción ampliada por los nuevos equipos productivos, surge la crisis como procedimiento automático de normalización del desequilibrio.*

Una colectividad puede producir para un gasto de 100, pero si por el espíritu ahorrador de sus componentes, éstos solo gastan por 80, la producción, aunque llegue a alcanzar los 100, se verá constreñida a reducirse al ritmo de 80. Y si a pesar de ello se produce un período de prosperidad, porque la diferencia de 80 a 100 se destina a incrementar los instrumentos de producción que, después de estas ampliaciones, podrán aumentar la producción a 120, si subsiste la renuncia tácita a mejorar el nivel de vida, sobrevendrá la crisis para situar nuevamente la producción a 80. Con lo que las inversiones en nuevos bienes de capital no habrán tenido éxito, y la colectividad habrá renunciado a la prosperidad y mejora de su nivel de vida, sumergiéndose en otra crisis por su excesivo y frustado afán ahorrativo-acumulativo.

Llégase a la conclusión de que *debe de existir correlación entre gasto y ahorro.* Que el nivel de vida de un país es la suma de los niveles de vida de todos y cada uno de sus habitantes, y que *no es posible mejorar el nivel de vida nacional si individualmente se renuncia a la mejora de este nivel de vida.* Que *la excesiva virtud del ahorro puede constituir un mal social.* Que el ahorro real en nuevos bienes para intensificar la producción solo puede expansionarse con solidez al mismo ritmo en que crezca el consumo, que es gasto, lo que equivale a decir que *solo expansionando el gasto puede aumentar el ahorro, si existen recursos reales ociosos.* Que *muchos países, económicamente atrasados, solo pueden ser más ricos gastando más.* Y que *si el espíritu colectivo de ahorro es excesivo, la colectividad vivirá crisis casi permanentes, endémicas, y su nivel de vida se divorciará vergonzosamente del de otras naciones más «gastadoras» y que, por ello, pueden ser y son más «ahorradoras» y más ricas.*

Llegamos nuevamente a conclusiones que subvierten nuestros principios. Pero séanos o no gratas, lo importante es comprobar si son ciertas. Porque con nuestras creencias tradicionales sobre el ahorro, las crisis no tenían explicación lógica. Y las crisis han constituído el fenómeno más corrosivo de nuestro sistema: este monstruoso absurdo de la miseria provocada por la abundancia ha sublevado las consciencias y ha dado pié a toda clase de teorías económico-sociales renovadoras y revolucionarias. Y observemos bien que aquellas conclusiones y las teorías que de ellas derivan, no son lo destructivas que a primera vista pudieran parecer. *No condenan el ahorro,* como a la ligera podría deducirse: al contrario, *tratan de fomentar el ahorro real, indiscutible base de todo progreso.* Ponen de relieve que *nuestro sistema económico tiene establecidos límites a la avaricia acumulativa colectiva,* y ya la sociedad, desde hace siglos, tiene estigmatizado al avaro. *Combaten el ahorro ilusorio, el que degenera en crisis, el que no beneficia a nadie y perjudica a muchos.* Nos dicen que desde un punto de vista nacional y humano, económico y moral, débese coordinar ahorro y gasto. Que *si cuando la colectividad puede, no aumenta el gasto, destruye las posibilidades de mejorar su bienestar y sus posibilidades de aumentar el propio ahorro.* Que cuando la propensión colectiva al ahorro sobrepasa cierto límite destruye sus propias fuentes. En definitiva, *propugnan por un ahorro menos ilusorio, pero más real, más racional y más humano.* Y si además nos abren las posibilidades de combatir las crisis, agudas o endémicas, y de encontrar el camino de la prosperidad progresiva, y se demuestran eficaces en su aplicación en otros países, acaso los más reacios tengan que convenir que *pueden ser más útiles al bienestar del mundo que las viejas teorías que reemplazan.*

Pero hay algo que es necesario aclarar. En el orden individual, quien aumenta sus gastos sin aumentar sus ingresos, ahorrará menos, o se endeudará

hasta hundirse en el descrédito y la ruina: gastando más no ahorrará más, sino todo lo contrario. En cambio, afirmamos lo inverso en el orden colectivo, *siempre que existan recursos reales ociosos o equipo de producción inactivo.* Si lo colectivo parece ser la suma de lo individual ¿cómo se explica que en lo colectivo pueda regir un principio inverso al principio individual?

En lo colectivo el gasto de uno es ingreso para otro, y todo aumento de la renta nacional consiste en la multiplicación de estos gastos-ingresos. Con lo que, todo aumento colectivo de gastos es, si el equipo productivo intensifica su producción, automático aumento de ingresos. El volumen colectivo de ingresos no es rígido, como puede serlo en muchos casos individuales: pueden aumentar gasto e ingreso con soló poner en funcionamiento parte del equipo inactivo. Y si el gasto, que es demanda, se expansiona, puede hacer necesaria la ampliación de este equipo productivo, y esta ampliación equivale a incrementar la riqueza nacional y el ahorro real. De manera que, *en lo colectivo, cuando existen recursos ociosos, no es solo posible el aumento del gasto, sino que éste es el único medio para conseguir el aumento del ahorro.* Esta verdad colectiva repercutirá sobre el orden individual: muchos con ingresos fijos podrán no percibirla, por lo menos a corto plazo, pero los individuos en conjunto encajarán el aumento general de ingresos y ahorros.

En lo colectivo, además, es dificilísimo que la expansión del gasto pueda llegar a un exceso de gasto, en el sentido de que el país consuma más de lo que produzca, aunque esta afirmación la hayamos leído reiteradamente en la prensa, establecida muy a la ligera y con referencia a algún país extranjero. Para ello sería necesario que la riqueza real disminuyese o que el endeudamiento con el extranjero fuese superior al incremento de la riqueza nacional real, lo que no es probable ni en circunstancias de inflación, cuando el gasto colectivo parece desorbitarse y el ahorro parece ser insuficiente. Porque la inflación, con la fuerte expansión de la demanda, implica, para poder atenderla, la expansión del instrumental productivo, lo que significa un fuerte volumen de ahorro. En cambio, es posible que un país consuma más de lo que produzca en circunstancias de crisis: porque al reducirse la demanda, se abandonan las ampliaciones, renovaciones y reparaciones de equipo, y porque se procura la reducción de los stocks de mercaderías. De manera que, *colectivamente, una expansión del gasto, aún provocando inflación, tiende a aumentar el ahorro; mientras que la reducción del gasto, con el desencadenamiento de la crisis, tiende a anular el ahorro* y a disminuir no solamente el ritmo de producción de riqueza que se consume, sino incluso la magnitud de riqueza del país al hacer posible que éste puede gastar más de lo que produzca. Otra vez existe contraposición entre los principios individuales y los colectivos: no es concebible individualmente que el gastar menos pueda disminuir el acervo individual, y que el gastar más lo amplie.

Sin embargo, estas contraposiciones son solo aparentes, por enfocar el problema desde el punto de vista de gastos e ingresos. Pero si recordamos que la producción es la fuente de todo ingreso y que la demanda gradua el ritmo de la producción, con lo que existe una relación directa entre producción-ingresos-demanda-producción, entonces resulta ya comprensible, tanto individual como colectivamente, que el trabajar menos (crisis), aún gastando menos, pueda disminuir el acervo individual y colectivo, y que el trabajar mas (auge), aún gastando más, pueda ampliarlo.

Las crisis endémicas. — Hemos aludido a las crisis que podríamos denominar agudas. Pero existe otro tipo de crisis sin grandes cracks, ni despidos en masa, ni grandes núcleos de obreros en paro forzoso, en que la crisis parece que ha constituído hábito y se acepta como un modo de ser normal de la economía de un país, y que puede denominarse crisis endémica. Constituye un tipo de crisis bastante característico de los denominados países económicamente atrasados y, en gran proporción, su atraso es atribuible a las mismas.

Y también ha constituído la característica de nuestro país durante la mayoría de sus períodos, aunque no lo sea en este momento.

Durante las crisis endémicas, si a los diversos grupos de empresarios se les pregunta si les sería posible producir más con su mismo personal y equipo, muchísimos responderían que les sería fácil aumentar sensiblemente su cifra de producción o su volumen de comercio, pero que no lo hacen porque no encuentran suficientes compradores. Con lo que, aunque durante las crisis endémicas, se haga acto de presencia durante ocho horas diarias en los lugares de trabajo, la labor efectuada es sensiblemente inferior a la podría hacerse, y muchas horas se ocupan en entretenimientos secundarios. Podría llegarse a la conclusión de que sobran fábricas, comerciantes, detallistas, funcionarios y personal de toda clase. Y si con este criterio, despidiésemos funcionarios, dependientes y obreros, y cerrásemos fábricas, almacenes y tiendas, para dejar en trabajo solo los necesarios ¿qué ganaríamos? Puede que mejorase la situación de los afortunados que quedasen trabajando, pero se agravaría enormemente la de los cesantes, cuya falta de ingresos y de demanda acentuaría la crisis y la miseria general.

Es evidente que el ingreso nacional real procede de la producción efectiva y no de las horas de permanencia en los lugares de trabajo. Si un país en crisis endémica trabaja los 2/3 de su capacidad, la renta real será los 2/3 de la que sería trabajando a pleno rendimiento, aunque la cifra de dinero en circulación y de los depósitos bancarios, por la razón de que solo representan el volumen de deudas-créditos, sea aproximadamente la misma. Y si en un país en estas circunstancias se le hace propaganda a favor de la aplicación de métodos más productivos, de racionalizar la producción, y con ayuda o no de más intensa o mejor maquinaria, aumentar los rendimientos medios por individuo, es dar en hierro frio, porque los empresarios, sin necesidad de mejorar sus métodos, están ya en condiciones de producir más de lo que producen y son ellos mismos los que restringen la producción, y no por combinaciones monopolísticas o por indolencia de los obreros en el trabajo, sino sencillamente porque no encuentran compradores a precios remuneradores a sus posibles incrementos de producción.

¿Cual es la causa de este atasco, de este paro endémico visible o enmascarado, que ha sido la característica casi constante de nuestro país durante los últimos siglos? *¿Cual es el porqué de esta insuficiencia casi permanente de ventas, a pesar de existir enormes necesidades insatisfechas y a pesar de que en muchos sectores la producción tenía capacidad potencial para atenderlas o mejorarlas?* No pretendemos que nuestro país en conjunto sea potencialmente rico: reconocemos su escasez de importantes materias primas, su orografía adversa, la insuficiencia de lluvias y los consiguientes bajos rendimientos de importantes producciones agrícolas. Pero *la estructura de nuestro sistema económico tampoco ha permitido obtener del factor hombre todo lo que de él habría podido conseguirse.* La existencia misma de las crisis endémicas, con el consiguiente despilfarro de recursos por falta de su adecuado y posible empleo, es una prueba de ello, y *nuestro tradicional atraso económico es atribuíble principalmente a estas crisis endémicas y a sus causas, primordialmente al defectuoso funcionamiento del mecanismo de nuestro ahorro.*

En el próximo artículo trataremos de demostrar de que depende el verdadero ahorro.

Augusto Mercadé.